

EL MANDATO de UNOS OJOS NEGROS

RESUMEN DE LO PUBLICADO EN NUMEROS ANTERIORES

La reportera española Mari-Luz, ha sido designada por el Director del periódico donde presta sus servicios, para seguir las incidencias del asesinato del Sr. de X. La policía y los hechos hacen recaer la culpabilidad sobre el sobrino de la víctima. Sin embargo, las declaraciones del abogado defensor ponen de manifiesto la posibilidad de que el sobrino sea inocente, y la reportera, que se ha visto sorprendida con la novedad de que el sobrino y Jorge, su entrañable amigo y el único hombre que supo llegar hasta su corazón, son una misma persona, logra olvidar el dolor que le ha producido la falta de sinceridad de éste, y en su afán de salvar al hombre que ama, halla la única huella que puede dar luz al tenebroso asunto, entregándose al detective que le promete investigar sin pérdida de tiempo. Por fin, después de largas horas de angustiosa espera, recibe la llamada urgente del detective, que va a darle cuenta de sus interesantes investigaciones...

V

Luego de repasar el laberinto de líneas y letras entre las manchas redondas de tinta, concluyó:

—Sin duda, esto es una huella. Venga a verme mañana a primera hora a mi despacho. ¡Ah! Y... tenga cuidado con lo que escribe.

Entró en la redacción del mejor humor. Sus compañeros la miraron con sorpresa. ¡Qué cambio!

—¿Traes buenas noticias?

—¡Excelentes!—dijo, y se sentó a escribir.

Un timbrazo la sacó del ensimismamiento en que se hallaba.

—Te llama el Director—aclaró un compañero.

Recogió las cuartillas para evitar curiosos y salió. Con discreción llamó a la puerta que daba acceso al despacho del señor Del Olmo.

—¿Resucitó ya?—preguntó éste, con ironía, al verla.

—Sí, señor. Y traigo conmigo algo sensacional. Vea usted.

El Director repasó la escritura, saltando de asombro en asombro.

—Me va usted a volver loco. ¿Quién diablos es, al fin, el asesino?

—Eso me pregunto yo. Si estamos todos en un mar de dudas, bueno es que participe de nuestras inquietudes el público—contestó la joven.

—Refrene, por Dios, Mari-Luz; usted no es una reportera. ¡Usted es un sinapismo para el lector!

Una carcajada perfectamente modulada acarició el tímpano del periodista.

Después de estas palabras volvió la puerta a cerrarse tras de la joven. Sentado entre papeles, el señor Del Olmo no sabía qué hacer ni qué decir, y mucho menos qué pensar, se decidió, pues, a limpiar los cristales de sus gafas.

Pero Mari-Luz no volvía loco solamente a su Director; el veneno de su inquietud había intoxicado el ánimo del detective, que ante aquella nueva prueba cavilaba. ¿Cómo no se le había ocurrido a él mirarlo todo, incluso el secante de sobremesa? La ocasión no se mostraba propicia para amonestaciones: era necesario suplir la falta con actividad y llegar hasta el fin de forma definitiva.

Le inquietaba también el reportaje que iba a aparecer por la noche y esperó ansiosamente el voceo de la Prensa.

Cuando desplegó el diario y leyó los titulares, una de las muchas palabras vulgares que no registra el diccionario brotó de sus labios.

En grandes caracteres aparecía la conjetura de que un misterioso personaje tomase cartas en el asesinato del señor X. Aunque discreto y bastante moderado, ponía en un brete al detective, a quien no le cabía más solución que buscar activamente al nuevo encartado.

La entrevista del policía y Mari-Luz fué más accidentada y violenta de lo que ella suponía. No podía perdonarle la ligereza de su pluma, habiéndola advertido por anticipado.

—¿No comprende usted que me está poniendo en evidencia?—le decía, fulminándola con la mirada.

—Cada cual defendemos nuestra profesión, amigo mío. Yo no puedo traicionar mi misión silenciando lo que creo debe saber el lector.

—Usted es una impertinente. Por supuesto que la culpa es mía por hacer caso de todas sus bobadas—concluyó, exasperándose.

Mari-Luz salió desalentada. El enfado, que ella misma había provocado, haría cesar en sus investigaciones a aquel hombre, que era la única tabla de salvación?

Pasó el resto del día y de la noche en un desequilibrio nervioso que la privó del apetito y del sueño, cayendo de nuevo en la inconsciencia de horas anteriores. Veía ante ella los ojos severos de Jorge, que a veces le echaban en cara su ligereza y otras la miraban fríamente, como si no valiera ni la pena de tomarla en consideración. La noche se le antojó como un elástico que fueran estirándolo manos invisibles.

Por fin, al día siguiente, ya mediada la tarde, sonó el timbre del teléfono. Nunca bendijo con mayor entusiasmo al inglés Graham Bell, inventor de éste. Lástima que desde su tumba no pudiera ver la graciosa expresión de su rostro, iluminado por la mayor alegría, cuando el policía expresó el deseo de verla urgentemente.

—Venga usted sin pérdida de tiempo. Tengo algo nuevo que comunicarle. Apenas había transcurrido media hora desde la llamada telefónica cuando Mari-Luz se personó en el despacho del detective, ávida de saber noticias, y al mismo tiempo temerosa por las palabras poco gratas que se habían cruzado el día anterior.

El rostro del policía resplandecía de satisfacción y la periodista desechó todo temor, saludándole alegremente:

—Aquí me tiene.

—Por vez primera no me hizo usted esperar. Creo que a las mujeres es necesario hablarles de vez en cuando como a un camarada, olvidándonos de la galantería que debemos al sexo débil, si queremos lograr hacernos oír y, aún más, obedecer inclusive. No obstante, le presento mis excusas por lo de ayer.

—Está disculpado; sin embargo, debo protestar...

—Calle usted, por Dios; la he mandado llamar para que me escuche, no para que continuemos discusiones superfluas—atajó inmediatamente el detective.

Mari-Luz quedó silenciosa, mordisqueándose el labio inferior para acallar los nervios.

—Bien; ante todo, y ya ve usted que no guardo rencores, debo felicitarla efusivamente, no sin dejar de comentar que ha equivocado su profesión. Usted debía haber sido policía, ¡y bien sabe Dios que eso hubiera sido mi mayor tormento! Pero su «ollato»—y permítame las prosaicas comparaciones—es digno de un sabueso. Ese lenguaje tropológico es frecuente en nuestra profesión; por lo tanto, no provoca el enfado. Gracias a usted tengo ya en mis manos al asesino.

Mari-Luz dió un respingo en la silla.

—¿Cuándo dió con él? ¿Dónde lo halló? ¿Quién es? Por favor: conteste a mis preguntas.

—Calma, calma, y siga teniendo paciencia para escuchar. Prosigo: Cuando vino usted a mostrarme el secante, tuve la íntima convicción de que aquel rectángulo de papel emborronado, digno de echarlo a la papelera, sería el cepo donde quedase prendido el hombre que buscábamos. Preparé todo de acuerdo con el plan que me había ya formado. Para ello dispuse que cuatro agentes a mis órdenes se instalaran en la casa del difunto, pero sin infundir sospecha alguna, teniendo buena precaución de citar previamente a los criados de la víctima, a quienes tengo todavía retenidos. Escondidos mis hombres en diferentes lugares de la casa, y uno de ellos en el propio despacho, detrás de una cortina, esperaron largas horas, hasta que, a medianoche, fué abierta la puerta del piso con su propia llave, y unos pasos cautelosos dejáronse oír por el pasillo, avanzando hasta la puerta del despacho, que había quedado cerrada por dentro. Se oyó la llave al entrar en la cerradura, y poco después girar la puerta, continuando las pisadas hasta el mismo borde de la mesa. Entonces mi agente, que estaba atisbando las maniobras, surgió de su escondite, encañonándole con la pistola al mismo tiempo que decía: «Dése usted preso.» La sorpresa paralizó unos momentos al criminal, tiempo más que suficiente para que los demás, que habían seguido desde su entrada en el piso, le encañonaran a su vez, esposándole. Trasladado aquí, procedimos inmediatamente a tomarle declaración. Vea usted.

El policía abrió el cajón de su mesa, extrayendo de él una ficha que entregó a Mari-Luz.

—Este individuo—continuó—es el hermanastro de la víctima, fichado en nuestros archivos por una estafa llevada a cabo hace diez años y puesto en libertad gracias a la generosidad del difunto. Desde entonces siguió sonsacándole dinero, hasta que, cansada la víctima de tanto sablazo, se negó rotundamente a darle un céntimo más. Desde aquel momento germinó en el alma del hermanastro la idea del crimen, preparando con paciencia meticulosa todos los pormenores de éste, mientras esperaba el momento propicio, que vino a raíz de la ruptura de relaciones del sobrino, sobre quien pensó que recaerían las sospechas, como así ha sido en efecto, quedando él impune. La verdad es que planeó con lujo de detalles el asesinato; pero por muy diestros que sean, la culpa deja tras de sí invisibles huellas para el asesino, cuya mentalidad es imposible pueda abarcar todos los pormenores, y que a nosotros nos facilitan enormemente nuestra labor. Al principio se negó a declarar, alegando su inocencia; mas duros en nuestra misión, logramos desatar su lengua, confirmando en todas mis suposiciones. Ahora preguntará usted: ¿Cómo, después de tantos días, fué ayer precisamente el esco-

...Quiso revisar por sí mismo la habitación por si había quedado olvidado algún detalle, que por su insignificancia nos hubiera pasado inadvertido...

